

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de la Guerra Civil Española
Autor: © Iñigo Bolinaga

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi
Mapas: Juan Igancio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-7: 2/8
Fecha de edición: Febrero 2009

A Laura

ÍNDICE

Capítulo 1:

EL BAILE DE LAS BRUJAS	11
El hombre providencial	11
Segar el trigo en verde	21
La conspiración	30
El vuelo del cuco	41

Capítulo 2:

GUERRA Y REVOLUCIÓN	51
Las dos Españas	51
Fuego Mágico	58
El fin de la república burguesa	65
Apretar los dientes	75
Tierra y libertad	86
La fortaleza	98
El gran titiritero	108

Capítulo 3:

LA GUERRA LARGA	125
El bastión	125
Ofensiva en el norte	133
O César o nada	148
Un estado duradero	158
Los signos de la ruptura	167
Los hechos de mayo	178

La ruptura del Cinturón	186
De Brunete a Santoña	195

Capítulo 4:

EL ESTADO FUERTE	203
La obra de Negrín	203
La república ignorada	219
El fin del frente norte	230
Teruel y sus consecuencias	240
Contra las cuerdas	246

Capítulo 5:

JAQUE MATE	253
Ebro: el último cartucho	253
La conquista de Cataluña	262
La implantación progresiva	272
La crisis final	279

Capítulo 6:

LA PAZ DE FRANCO	289
La nueva España	289
El castigo	299
Los exiliados	306
La victoria de Prieto	314
La consolidación de la dictadura	322

CRONOLOGÍA	331
------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	339
--------------------	-----

APÉNDICES	343
-----------------	-----

1

El baile de las brujas

EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Las elecciones generales celebradas en febrero de 1936 dieron la victoria a una heterogénea agrupación de partidos de izquierda que, apiñada tan solo un mes antes bajo la denominación común de Frente Popular, recogía sensibilidades políticas extremadamente diversas. Desde la reformista Izquierda Republicana de Manuel Azaña hasta agrupaciones políticas extremistas como el Partido Comunista de España o el anarquizante Partido Sindicalista de Ángel Pestaña, la diversidad del conglomerado electoral de las izquierdas era tan patente como sorprendente su unión. Un encaje de bolillos diseñado para ganar las elecciones sobre un programa forzosamente moderado, centrado en la autonomía regional, la reforma agraria, la laicidad y la concesión de una amplia amnistía a los presos

damnificados del bienio gubernamental inmediatamente anterior. Si bien los resultados electorales, contados en número de votos, no supusieron una victoria holgada para la agrupación de izquierdas —4.654.116 votos para el Frente Popular sobre los 4.503.505 obtenidos por los partidos de la derecha—, el sistema electoral republicano preveía la primacía de las mayorías, de manera que traducido a escaños la izquierda ganó por goleada, con 278 escaños contra solamente 130 de la derecha.

El sistema electoral que tantas protestas generó entre los perdedores y que a muchos, Franco entre ellos, les pareció ilegítimo, era perfectamente legal. Dimanaba de un decreto de mayo de 1931 que rigió durante todo el periodo republicano, según el cual el partido o coalición que lograra la mayoría de los votos en cada circunscripción —siempre que superara un límite mínimo en número de votos emitidos— se llevaba todos los escaños destinados a la mayoría, cerca del 80%, quedando las sobras para el segundo, por muy poca diferencia de votos que tuvieran. Era, pues, un sistema que favorecía la formación de coaliciones de partidos como el Frente Popular o la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que a pesar de su esfuerzo no logró agrupar a todas las sensibilidades de la derecha tan bien como, sorprendentemente, hizo el Frente Popular. Quizá una de las explicaciones a tan inaudita armonía entre las izquierdas provenga del hecho de que fue la propia Internacional la que animó a los partidos comunistas a integrarse en los Frentes Populares, para así hacer frente mejor al avance del fascismo y la derecha radical en Europa. Esto obligó



Manuel Azaña Díaz, fundador y presidente de Izquierda Republicana. Desempeñó cargos de primera magnitud en los gobiernos izquierdistas de la república, desde ministro de defensa hasta presidente del gobierno. Durante la guerra desempeñó el cargo de presidente de la república, siendo eclipsado por presidentes de gobierno con personalidades más enérgicas.

a muchos partidos miembros del Komintern a *taparse la nariz* para hacer causa común con la izquierda moderada. Sea como fuere, España fue el primer país del mundo en el que un Frente Popular se enfrentaba a la tarea de formar gobierno —luego le tocaría a Francia, en mayo de 1936—, lo que a los sectores más reaccionarios no podía sonarles más que a antesala de la revolución. La derecha no perdió el tiempo, y tan temprano como la madrugada del día siguiente a las elecciones, presionó al todavía jefe de gobierno, Manuel Portela Valladares, para que desautorizara el resultado electoral decretando la ley marcial en todo el país en previsión de desórdenes callejeros. Altamente coordinados, el jefe del Estado Mayor del ejército, Francisco Franco, y el líder de la CEDA, José María Gil Robles, saltaron como tiburones contra su pieza; el militar tocando teclas en el ejército y la Guardia Civil para convencerles de la necesidad de proclamar el estado de guerra, tal y como ocurrió en 1934 en Asturias; el político presionando a las autoridades civiles, principalmente a Portela Valladares, a quien obligó a levantarse de la cama a las tres de la mañana para convencerle de que se estaba gestando el Apocalipsis. Para aquella derecha histórica un gobierno de izquierdas era el caos, la desorganización, la antiespaña. Tenían una visión ciertamente miope de la heterogeneidad de grupos que componían el Frente Popular: para ellos todos era “rojos”, sin distinción. Todos actuaban bajo el dictado de los bolcheviques de Moscú. Una perspectiva ramplona que sin embargo fue plenamente compartida por muchos miembros de una izquierda en gran medida radicalizada,

que veía fascistas en todo lo que oliera a derecha, lo fueran realmente o no.

Los denodados esfuerzos del binomio Franco-Gil Robles no parecían dar sus frutos. Portela se resistía a firmar un decreto de estado de guerra ya preparado y el director general de la Guardia Civil, Sebastián Pozas, se negó rotundamente a acceder a la solicitud de Franco para que sacara a sus hombres a la calle. Posteriores intentos tampoco lograron el efecto deseado, de manera que finalmente el propio Franco acudió a la presencia de Portela Valladares. El presidente del gobierno acusaba ya la terrible presión que Gil Robles y los suyos habían ejercido en él las últimas horas y recibió a Franco aturdido y asustado. La situación le superaba y desde su inicial negativa a las exigencias del líder de la CEDA, había derivado en pocas horas a aceptar una reunión del pleno del gobierno en la que se decidió decretar el estado de alarma, el inmediatamente anterior al de guerra. Pero eso no era suficiente para Franco. Había que cortar la revolución de raíz, desde sus inicios, que no ocurriera como en Asturias. Había que presionar más y más sobre el jefe de gobierno, hasta que el ejército tuviera plenos poderes en las calles. Ante tal insistencia, Portela terminó por hundirse y presentó la dimisión al presidente Niceto Alcalá-Zamora de una forma más bien apresurada. Ni siquiera esperó a la constitución del nuevo parlamento. Las apariencias parecen apuntar con el dedo acusador a Portela de abandonar el barco justo cuando más necesitaba de un capitán, y si bien es cierto que debió de mantenerse interinamente en el cargo hasta la formación de nuevas cortes, también

lo es que buscó a Manuel Azaña, la gran figura política del Frente Popular, solicitándole que accediera a ocupar ese poder interino en su lugar. Azaña, enormemente sorprendido por lo extraño y repentino de la solicitud, se sintió remiso a aceptar el cargo, pero finalmente su capacidad de hombre de estado se impuso. “Una vez más, dijo compungido, hay que segar el trigo en verde”. Portela huyó despavorido, pero tuvo el valor y la honradez de enfrentarse a las presiones de la derecha cediendo el puesto a una persona de izquierdas, a quien legítimamente correspondía el poder según el resultado de las elecciones. De esta manera, la derecha ya no podía aprovecharse de la debilidad de un Portela que, si hubiera mantenido unos días más el poder, quizá habría terminado accediendo a las presiones de Franco y Gil Robles.

Azaña no era un recién llegado a las lides de la política nacional. Después de una vida dedicada al estudio y la actividad política, con la proclamación de la república, en abril de 1931 asume el cargo de ministro de la guerra y luego presidente de gobierno, llevando a la práctica un gran paquete de medidas destinadas a modernizar el país y eliminar las endémicas desigualdades sociales, lo que le llevará a un enfrentamiento abierto con la iglesia y el ejército, más buscado por los dos primeros que por el propio Azaña. Las medidas a favor de la reforma agraria, la legalización del divorcio, la secularización de la enseñanza, el decidido recorte militar en cuadros y alteración del sistema de ascensos, y la clara apuesta por la autonomía catalana, inauguraron la terrible lista de agravios que la iglesia, el ejército y en general todos los sectores conservadores echarían en cara a la república

Breve historia de la Guerra Civil Española



Como líder de la CEDA, José María Gil Robles intentó influir en el presidente del gobierno, Manuel Portela Valladares, para que diera una orden de estado de guerra.

pocos años más tarde, siempre muy reacios a cualquier cambio, detrás del cual, veían la revolución. Pero los agravios no brotaron solamente por la derecha. La izquierda veía en las reformas del gabinete Azaña casi un paso atrás, una forma de complacencia con la derecha, en vez de derrocar a los señoritos y hacer de una vez por todas la revolución. La brutal actuación policial en el poblado gaditano de Casas Viejas, en el que se había proclamado la comuna anarquista, y otros casos similares como el de Arnedo¹ dieron alas a la izquierda para reforzar sus tesis contra Azaña. En un país en el que se generalizó peligrosamente en grandes capas de la población la idea de que los de izquierdas eran todos bolcheviques y los de derechas fascistas, Azaña era una especie de bicho raro que a nadie satisfacía. Y por supuesto, desde muchos sectores de la derecha, no era más que un rojo bolchevique, así como un sucio reaccionario burgués para las izquierdas.

Sin embargo, Manuel Azaña no se arredró y continuó trabajando en la línea que se había marcado. Culto, inteligente, dotado de sobrado talento para el gobierno... sí, pero quizá le faltó eso que llamamos *mano izquierda* a la hora de proceder a las tan necesarias reformas, algo fundamental habida cuenta de la hipersensibilidad política de los españoles de la época. Azaña diagnosticó con brillantez los males que atenazaban al país y no dudó en arremangarse y ponerse manos a la obra para sacarlo del fango. Allí donde la derecha veía una España bucólica y tradicio-

¹ En enero de 1932 la Guardia Civil disparó sobre un grupo de huelguistas en la plaza de la localidad riojana de Arnedo, con resultado de once muertos y numerosos heridos.

nal amenazada por el bolchevismo, se alzaba la horrible realidad de un país subdesarrollado que no podía progresar más que con fuertes dosis de realismo y ganas, algo muy alejado de los ideales medievales de gran parte de la derecha española. En este sentido se puede decir que Manuel Azaña fue lo más cercano que tuvo España de aquel “Cirujano de Hierro” que tan urgentemente solicitaron Joaquín Costa y los regeneracionistas de principios de siglo para hacer frente a la decadencia española. El problema está en que quizá España no estaba preparada para un reformista de tan alta calidad, quizá no estaba aún madura para ello. Segar el trigo en verde podría ser una buena síntesis de lo que fue la Segunda República desde su nacimiento hasta su triste desaparición.

Franco, otro de los personajes clave de esta historia, tampoco era un recién llegado. Lo fuera o no, este sí que tenía bien clara su misión de hombre providencial, o al menos de centinela del orden tradicional en España. Y es que, ciertamente, podía sentirse satisfecho de sí mismo. Lo había logrado todo dentro de la carrera militar. Nunca hubo otra opción para él que las armas, otra cosa era inimaginable. Y ascendió como un rayo, llegando a convertirse en el general más joven de su época. Franco se labró una meteórica ascensión a base de heroicas gestas de armas forjadas en las arenas del norte de África, donde se ganó fama de despiadado y valiente. Fue uno de los militares más decididos a la hora de sostener la guerra contra la República del Rif hasta derrotarla, costara lo que costara, haciéndose así un puesto destacado entre los sectores más duros y belicosos del ejército; tanto que es famosa la anécdota

que cuenta que organizó un banquete con motivo de la llegada a África del dictador Miguel Primo de Rivera, en el que todos los platos estaban compuestos por huevos, haciéndole ver que eso era precisamente lo que le faltaba. No hay duda de que a Primo de Rivera se le debió de indigestar el banquete, pero no se atrevió a firmar un expediente que sin duda habría merecido. El cadete “Franquito” de la academia militar, moreno, bajito y de voz atiplada, se había convertido en un mito para las nuevas generaciones militares, que le admiraban como uno de los héroes de Marruecos. Ya era un símbolo. Y contra eso no podía hacer nada ni siquiera el dictador².

Tras el fin de la Guerra de África fue nombrado director de la Academia Militar General de Zaragoza. En octubre de 1934 estalló la insurrección obrera de Asturias y el gobierno radical-cedista se echó en brazos del “héroe de África” para que le resolviera la papeleta, que se saldó con la intervención de la legión y una saña contra los vencidos nunca vista en Europa. Se había convertido en el hombre de confianza del gobierno y fue nombrado jefe del Estado Mayor. Ya no podía subir más alto, o eso creía él. Sin embargo, la victoria del bloque de las izquierdas en las elecciones de 1936 desestabilizó su magnífica vida. El hecho de que sus enemigos declarados ascendieran al poder suponía con toda seguridad no poder seguir manteniendo su privilegiado puesto,

² Apócrifa o no, la anécdota del banquete de huevos sirve como ejemplo del talante que se gastaban los militares africanistas, entre los que decididamente se hallaba Franco, contra todo aquel que se atreviera a insinuar el abandono de la zona de influencia española en el norte de África.

cosa que efectivamente ocurrió, ya que poco después el gabinete Azaña lo destinó a Canarias por considerarlo desafecto. Otra razón más para odiar a Azaña y a la república de izquierdas que le relegaba.

Y mientras el presidente Azaña trabajaba en sus proyectos de reforma, el futuro “Caudillo” tramaba desde su destino canario un plan para eliminar de una vez por todas a aquella “chusma roja” que no hacía más que poner trabas a España y al desarrollo de su propia carrera militar. Y en eso de tramar, Franco era más fino que su imaginario oponente gubernamental. Si bien es cierto que intelectualmente Azaña estaba muy por encima de Franco, eso no quiere decir que este no tuviera cabeza. Si Azaña era el intelectual urbano y moderno, Franco contaba en grandes dosis con la inteligencia rural del cacique, del señorito de cortijo; una inteligencia sibilina ideal para organizar y enfrentar a las personas, de la que carecía Azaña y que le sirvió para imponerse sobre los demás. Muy al contrario, el republicano ostentó el cargo de jefe de estado durante la guerra civil, pero en la práctica fue relegado por personalidades más apasionadas. La vida es una selva, y de eso sabía mucho más Franco que Azaña.

SEGAR EL TRIGO EN VERDE

El 19 de febrero de 1936 se formó un gobierno interino de urgencia casi íntegramente formado por miembros de Izquierda Republicana, el partido de Azaña, que a sabiendas de su interinidad se dispuso a allanar el camino al próximo gobierno atacando

sin demora las acciones más urgentes. Así, tan pronto como el 21 de febrero el gabinete Azaña promulgó un decreto de amnistía que afectó a un gran número de presos, injustamente encarcelados durante la etapa de gobierno de la derecha, principalmente a resultas de las huelgas de octubre de 1934³. Más de ochocientos presos políticos salieron de nuevo a la calle, libres de cargos, entre la satisfacción de la izquierda y el desagrado de la derecha. Esta amnistía había sido fervientemente solicitada por las masas populares y de hecho era uno de los puntos básicos del programa con el que el Frente Popular se presentó a las elecciones. De no haberlo completado, Azaña habría tenido muchísimos problemas con las izquierdas, que era en quienes al fin y al cabo se apoyaba. Para la derecha, en cambio, aquello fue una especie de salida masiva de prisión de revolucionarios confesos dispuestos a dinamitar los pilares del estado con la aquiescencia del gobierno, lo que la reafirmó en su idea de que Azaña estaba preparando la revolución y que no era menos “rojo” que los demás. Para mayor desazón de las dere-

³ Tras diez meses de involución sobre las reformas introducidas por los gobiernos anteriores, la entrada de tres ministros de la CEDA en el gabinete radical de Alejandro Lerroux hizo estallar una huelga general obrera que tuvo sus principales escenarios en Asturias y Cataluña. En el primer caso la huelga se transformó en una auténtica insurrección en la que el proletariado, organizado en comités, tomó el control de los servicios y medios de producción formándose una especie de estado revolucionario que fue derrotado *manu militari* por los tabores y la Legión. En Cataluña, la proclamación del Estado catalán terminó con la Generalitat suspendida y su gobierno en pleno encausado y encarcelado.

chas, pocos días después la Generalitat fue aclamada con un recibimiento apoteósico a su retorno a Barcelona. Tras su estancia en distintos penales del sur de España, los miembros del gobierno catalán volvían a sus puestos de responsabilidad gubernamental como si nada hubiera pasado, con el *president* Companys a la cabeza. La reactivación y desarrollo del autonomismo catalán era otra de las promesas electorales que el gobierno de Azaña cumplía nada más sentarse en el sillón presidencial; y es que el republicanismo reformista tenía muy claro que en la cuestión de las identidades nacionales, España arrastraba un terrible problema secular que amenazaba con cronificarse si no se le prestaba la debida atención. La actitud general de los gobiernos de la monarquía había sido el de mirar para otro lado, obviando el asunto, o la pura y simple represión de sus órganos de expresión. Sin embargo, el hecho es que, ayer como hoy, existe un nada desdeñable número de ciudadanos que se identifican con colectividades nacionales distintas a la española. Los republicanos aseguraron desde el primer momento que este era uno de los frentes más importantes que había que resolver y se pusieron manos a la obra a fin de estructurar un estado regional o federal para satisfacer las aspiraciones de los distintos nacionalismos, incluido el español. La vía estatutaria fue a todas luces insuficiente para los sectores más fervientemente independentistas y demasiado audaz para los defensores de un nacionalismo español unitario, pero los republicanos consideraron que, dejando de lado ambos extremos, la solución estatutaria satisfaría a la mayoría de la población. Esta creencia venía dada por el hecho de

que el catalanismo en todas sus vertientes tomó parte activa en el pacto de San Sebastián⁴, lo que hizo que las reivindicaciones catalanas fueran escuchadas nada más proclamarse la república.

El catalanismo no fue solamente el nacionalismo más activo y de mayor peso político y demográfico del estado, sino también uno de los más importantes sostenes de la república de izquierdas. A partir de 1931 la primacía del nacionalismo moderado y burgués de la *Lliga Regionalista de Catalunya* –posteriormente renombrada como *Lliga Catalana*– dentro del campo del catalanismo político fue sustituida por un nuevo modelo, más progresista y decididamente republicano, representado por *Esquerra Republicana de Catalunya*. ERC dominó el campo político del catalanismo durante toda la etapa republicana, dando muestras de la vitalidad de una corriente nacionalista de izquierdas con bases populares sólidas que reclamaba el reconocimiento de la identidad catalana y una eventual independencia dentro del marco de avance social y reformismo de la izquierda azañista. Aunque de izquierdas y progresista, *Esquerra Republicana* acogió en su seno un número de sensibilidades políticas muy diversas, de manera que en el partido cabían desde reformistas moderados hasta independentistas radicales,

⁴ La firma del Pacto de San Sebastián en agosto de 1930 comprometió a republicanos, catalanistas y galleguistas a trabajar por todos los medios por la proclamación de la república y el desarrollo de un estado regional basado en los estatutos de autonomía para quien lo pidiera. A pesar de su celebración en la capital guipuzcoana, los nacionalistas vascos no tomaron parte en ella.

incluido un sector asimilable a los fascismos europeos liderado por Josep Dencàs y sus uniformadas escuadras de *escamots*.

Además de en Cataluña, en otros territorios también se animó a la presentación de anteproyectos estatutarios, la mayoría de ellos acogidos con satisfacción por la república de izquierdas. En Galicia, una coalición llamada Partido Galleguista organizó comicios para aprobar un estatuto que elaboró sin que la república pusiera ninguna dificultad y que fue aprobado en junio de 1936 por más del 70% de los votantes, no aplicándose debido al inicio de la guerra civil. También Andalucía, con Blas Infante a la cabeza y un sentimiento reformista que conectaba bien con la república, inició un proceso autonómico que tampoco culminó por el estallido de la guerra civil. Únicamente el nacionalismo vasco, representado casi al cien por cien por un PNV católico en lo religioso y conservador en lo social, tardó más en ver reconocido su estatuto; de hecho, fue tras el inicio de la guerra. En contraste con el nacionalismo moderno y cosmopolita de la Esquerra y los partidos que lideraron el autonomismo en Galicia y Andalucía, el PNV miraba con recelo a la “república atea” que desde Madrid amenazaba al edén vasco. El nacionalismo vasco había arraigado en poco tiempo y con mucha fuerza en la zona rural del país, pero el cinturón industrial del Gran Bilbao continuaba impermeable a su mensaje. Junto con Madrid y Asturias, la margen izquierda del Nervión continuaba siendo una de las bases más sólidas del PSOE y la UGT, certificando así el fracaso del PNV a la hora de generar un nacionalismo progresista que

aglutinara a un espectro social más amplio de la sociedad vasca. Muy al contrario que en los casos gallego, andaluz o catalán, el nacionalismo progresista tuvo en el País Vasco una presencia meramente testimonial⁵. Así pues, las dos corrientes que se disputaban la hegemonía política y social en el País Vasco eran el nacionalismo confesional del PNV y el integrista ortodoxo de los carlistas, anclados en una dinastía real varias veces derrotada. El territorio vasco se dibujaba así como una zona abonada para la contrarrevolución.

A pesar de todos los obstáculos, el gobierno interino de la república tenía muy claro que, en el poco tiempo que le quedaba hasta la constitución de las nuevas Cortes, debía de continuar con su labor

⁵ La única representación progresista dentro del nacionalismo vasco de la época fue un pequeño partido denominado Acción Nacionalista Vasca (ANV). A la vista de la celebridad de que dichas siglas han gozado en los últimos tiempos al socaire de su identificación con la denominada izquierda abertzale, el autor se ve obligado a suscribir la opinión del profesor José Luis de la Granja cuando afirma que se trató de un partido moderado, aconfesional y republicano no marxista que formó parte del Frente Popular y colaboró con el gobierno de la república. Unos postulados que quedan muy lejos de las intenciones rupturistas de gran parte del PNV, en especial los sectores aberriano y jagista, que propugnaban un nacionalismo rabiosamente independentista partidario de la ruptura absoluta con España. En este sentido, la identificación de la ANV histórica con los postulados de Batasuna defendidos por la ANV actual no se sostiene, siendo la primera un movimiento reformista equiparable a la socialdemocracia y la segunda un partido rupturista con aspiraciones revolucionarias. Ver: Granja Sainz, José Luis de la. *Nacionalismo y Segunda República en el País Vasco*. Madrid: Siglo XXI, 2008.

de desbroce, para que el próximo gabinete pudiera acometer las reformas con ciertas garantías de éxito. La última de las decisiones que tomó consistió en alejar de los puestos cercanos al ejecutivo a los militares considerados peligrosos. Que los militares tramaban continuos planes contra el gobierno era algo sabido y en cierto modo asumido como algo natural. No en vano, los pronunciamientos militares de todo signo fueron una constante en aquella España convulsa de los siglos XIX y XX, de forma que en la mentalidad militar cuajó la idea de que uno de los principales deberes de la casta militar era velar por el orden en el país, siendo moralmente lícito levantarse contra el gobierno si consideraban que las cosas no iban bien. Consciente de todo ello, el gabinete Azaña tomó la arriesgada decisión de destinar a Franco a la Comandancia General de Canarias, a Goded a Baleares y más tarde a otros, como el general Mola, a Pamplona. Al fin y al cabo este “destierro” no enemistaría más a los susodichos militares con la república y sí que libraría a esta de peligrosos elementos que desde sus puestos de influencia podrían haber conspirado contra ella. Sin embargo, el destino pamplonés de Mola, que pronto será conocido como “el director” en reconocimiento a su papel central en la trama del golpe contra la república, fue un error táctico imperdonable. De esta forma sancionaban legalmente el envío del que fue cerebro de la conspiración al destino más rabiosamente dispuesto a levantarse en armas contra la república. Y es que, a pesar del paso del tiempo, en la Navarra de 1936 el carlismo era, como en el siglo XIX, hegemónico e irreductible. Las milicias del

partido, conocidas popularmente como “el requeté”, englobaban a una parte muy importante de la población masculina de la provincia, que no dudó en alzarse junto a Mola cuando este se sublevó contra la república en julio de 1936.

Sin embargo, los militares no eran los únicos que amenazaban el orden vigente. Debido en parte a la coincidencia cronológica con la etapa de expansión del fascismo y la extrema izquierda, en la España de los años treinta se había generalizado una cultura de la violencia que cooperó para que tanto los partidos de derechas como los de izquierdas se dotaran de grupos paramilitares prestos a actuar en caso de confrontación militar. El decano de estas milicias políticas era el ya mencionado “requeté”, columna vertebral de un auténtico partido en armas heredero de una tradición guerrera de la que los carlistas se sentían profundamente orgullosos. Con el tiempo, el PNV, el PCE, la CEDA y el propio PSOE formaron escuadras militares, por no hablar de la Falange, los *escamots* o los anarquistas, lo que propició un enrarecido clima que desembocó en el enfrentamiento callejero: quema de iglesias, sabotajes contra sedes de diferentes partidos y asesinatos políticos al más puro estilo de Al Capone. El atentado político se convirtió en algo tan cotidiano como hacer de vientre y el gobierno se vio desbordado. Cada semana se proclamaba el comunismo libertario en algún punto de España y eran las fuerzas de orden público quienes tenían que “resolver” el problema haciendo uso de los métodos que todos imaginamos, con la consiguiente indignación de las izquierdas y el creciente enfado de las derechas. Los sectores más radicalizados de los diferentes partidos

políticos se lanzaron con la fuerza del neófito a la práctica del terrorismo tal y como hoy lo conocemos. A un atentado de la derecha le respondía otro de la izquierda, en una espiral de violencia que no hacía sino empeorar siempre un poco más las cosas. Harto ya de semejante situación, el atentado falangista contra un profesor de universidad y diputado socialista dio la excusa perfecta al gobierno para ilegalizar a Falange Española de las JONS (15 de marzo de 1936). Días antes, jóvenes falangistas habían intentado asesinar a tiros a Luis Jiménez de Asúa cuando salía de su casa en dirección a su puesto de trabajo en la Universidad Central de Madrid. El profesor resultó ileso⁶, pero su escolta murió en el atentado. La ilegalización e ingreso en prisión de la cúpula de Falange supuso un claro aviso de que desde el gobierno no se iban a permitir semejantes actos de terrorismo, ni por parte de las derechas ni por las izquierdas. José Antonio Primo de Rivera, líder indiscutible del partido fascista español, fue encarcelado en el penal de Alicante.

Así las cosas, la primera semana de abril se constituyeron las nuevas Cortes, encargadas de escoger a un nuevo gobierno y a un nuevo jefe de estado, dado que, a petición del PSOE, Alcalá Zamora fue destituido por irregularidades en la disolución de las cortes anteriores. El 10 de mayo, Azaña fue proclamado nuevo presidente de la república y Santiago Casares Quiroga, galleguista, republicano y “azañista”, encargado de la formación del gobierno.

⁶ Años más tarde, Luis Jiménez de Asúa se convirtió en el presidente de la República Española en el exilio, cargo que ocupó desde 1962 hasta su muerte en 1970.

LA CONSPIRACIÓN

El nuevo gabinete nació con la idea fija de marcar la legislatura con la impronta de la medida. Puso de nuevo en marcha las necesarias reformas del primer gobierno republicano, cercenadas durante el bienio radical-cedista, pero delimitando con mucho tiento cualquier tipo de reforma que molestara a los sectores más reaccionarios. Por ejemplo, al tiempo que desarrolló la organización de un sistema educativo laico, en ningún momento se pretendió terminar con el religioso, desarrollando una educación paralela y apoyando también la enseñanza católica desde las altas instancias. Los republicanos habían aprendido mucho de sus fracasos anteriores. Sabían que las proclamas y actitudes excesivamente progresistas serían rechazadas sin titubeos por la derecha, de modo que optaron por el cambio progresivo. Al fin y al cabo, un cocido se hace mejor a fuego lento. Sin embargo, las viejas rencillas pudieron más que las buenas intenciones. El odio inveterado de las derechas más extremistas no tenía cambio de sentido posible, hicieran lo que hicieran desde el poder. La situación en las calles siguió siendo caótica, y el caldeado ambiente político-social radicalizó hasta el extremo a los miembros más proclives a ello: las juventudes de los partidos. El caso más sintomático fue el de la CEDA, que tuvo que presenciar impotente cómo en los últimos meses anteriores a la Guerra Civil, el grueso de sus juventudes, las Juventudes de Acción Popular (JAP), se pasaron en masa a las filas de la ilegal Falange Española de las JONS, cuya devoción a la violencia lo convertía en un partido

mu muy atractivo. Se ha dicho que a partir de estos momentos FE-JONS se convierte *de facto* en FET-JONS⁷ debido a que el ingreso masivo de elementos derechistas radicalizados, enamorados de los métodos expeditivos que los fascistas empleaban en su lucha cuerpo a cuerpo contra las izquierdas, desvirtuó su esencia original. Y es que cada vez menos gente creía en la república. En los meses previos a la guerra, la derecha republicana –o al menos no monárquica– de la CEDA, fue arrinconada por una derecha más vehementemente antiizquierdista representada principalmente en el Bloque Nacional y su adalid José Calvo Sotelo, un ex ministro de la dictadura que incendiaba los escaños del congreso cada vez que soltaba alguna de sus soflamas. Asimismo, dentro de las izquierdas se vivió un proceso paralelo; las diferencias dentro del PSOE entre el sector duro representado por Francisco Largo Caballero –agasajado por los soviéticos como el Lenin español–, y el moderado representado por Indalecio Prieto, llegaron hasta tal punto que se llegó a pensar en una más que probable escisión entre ambos sectores. El momento álgido llegó tras la victoria de los prietistas, favorables a un entendimiento con el gobierno y conscientes de que si el PSOE no lo apoyaba, la república se hundiría definitivamente. Los caballeristas no entendían cómo desde un partido marxista, como aún era el PSOE, se podía apoyar a un gobierno que representaba a la burguesía republicana sin que se les cayera la cara de vergüen-

⁷ En abril de 1937, sobre la base de FE de las JONS, Franco creará un partido ultraconservador denominado FET de las JONS.

za. No tomarían parte en ello. Había que hacer la revolución. Sin paliativos. Sin contemplaciones. Tal era la distancia que llegó a existir entre las dos secciones del partido que cuando se reunieron las cortes para escoger el gobierno que finalmente formó Casares Quiroga, la primera opción que se barajó fue la de Indalecio Prieto, y no prosperó porque fueron los caballeristas quienes vetaron su candidatura. Este no es el único ejemplo de la situación que se vivía dentro del PSOE, ya que en algún mitin del partido Indalecio Prieto llegó a ser recibido a tiros entre gritos de “fascista” y otras exquisiteces parecidas.

Y mientras el sectarismo caballerista veía fascistas hasta en sus compañeros de partido, la derecha acusaba al gobierno de practicar una política destinada a implantar la dictadura del proletariado. Semejante prueba de estupidez política llevó a determinadas personas a plantearse la idea de implantar una dictadura republicana, para que se pudieran llevar a cabo las reformas necesarias sin que desde fuera estuvieran constantemente dinamitando la costosa labor del gobierno. La idea no pasó de eso, de idea. Ni siquiera llegó a calar en la gran mayoría de los republicanos. De hecho, la aplicación de semejante plan era frontalmente contraria a las ideas de Azaña y los suyos; pero visto desde una perspectiva sardónica, a uno se le ocurre que quizá eso podría haber salvado a la república y al país en su conjunto. Al fin y al cabo, el radicalismo político de las derechas y las izquierdas condujo a España a una guerra civil cruel y estéril. Quizá la extensión social del radicalismo no fuera más que el signo del bajísimo nivel cultural de los españoles de la época, tanto en

los sectores obreros como en los aristocráticos. No sin cierto cinismo pero con mucha razón, Azaña afirmó con pena que “en España la mejor manera de guardar un secreto es escribir un libro (y que) si los españoles habláramos solo y exclusivamente de lo que sabemos, se produciría un gran silencio que nos permitiría pensar”. Frases ácidas, amargas, ingeniosas y cáusticas que dibujan con trazos gruesos pero acertados la realidad cultural de la España de los años treinta.

Frente a los desmanes, un poder fáctico a tener muy en cuenta en la España de la época: el ejército. Como sabemos, desde el mismo día de la victoria del Frente Popular, los militares, entre maniobra y maniobra, hacían planes de pronunciamiento. En un principio hubo diferentes proyectos en distintos acuartelamientos protagonizados por heterogéneos elementos militares, pero fue el general Emilio Mola quien tuvo la virtud de engarzar a todas ellas en un único proyecto levantisco que, al menos, garantizaba un pronunciamiento menos chapucero. Nacido en Cuba y profundamente imbuido de un sentido de la responsabilidad de la que hacía gala en todas las facetas de su vida, Mola no era un militar al uso. Contaba con una amplitud de miras verdaderamente poco habitual en la casta militar; decididamente, no era monárquico y nunca pretendió organizar un golpe de estado para reinstaurar un sistema que consideraba vetusto. Mola rescató la idea de imponer una dictadura republicana, pero adulterada por un dominio completo del ejército como gobernante, juez, legislador y garante de la estabilidad nacional. Eso sí, sin ninguna idea política prediseñada. Coali-

gado con José Sanjurjo, un conocido militar exiliado en Portugal después de haber protagonizado un fallido golpe de estado en 1932, y en contacto estrecho con él, diseñó un alzamiento exclusivamente militar que tuvo su pistoletazo de salida en marzo de 1936, cuando se reunió con un grupo de generales entre los que se hallaba Francisco Franco. El proyecto se planteó con la idea clara de echar a la izquierda del poder, sustituyendo a los políticos por los militares con la idea expresa de arrinconar las ideas políticas preconcebidas y eliminar el desorden. En este plan Sanjurjo había de ser el líder indiscutible y jefe de la junta militar que haría las veces de gobierno. Mola tendría un papel destacado como lugarteniente del jefe, mientras que a Franco se le reservaba un destino como responsable de la Comandancia General de Marruecos. El avisgado gallego no parecía del todo convencido, y a pesar de que la mayoría de los reunidos apoyaron la idea sin fisuras, no dio el sí esperado. Mola recalcó que el golpe no estaba diseñado contra la república sino contra la izquierda, y que había que desarrollarlo a la perfección, porque tal y como estaba el panorama político, si no se lograba un triunfo a las primeras horas, las izquierdas no se iban a quedar de brazos cruzados. Era necesario que todos estuvieran perfectamente coordinados.

Durante los meses siguientes Mola diseñó un plan de acción en el que no dejaba ningún cabo suelto: las fechas, las maneras, lo que haría cada uno... Se comunicaba con el resto de los conspiradores por medio de la Unión Militar Española (UME), una organización derechista comprometida con el golpe, y

firmaba como El Director. El levantamiento militar se gestó con Pamplona como punto neurálgico, una ciudad en la que el general se movía como pez en el agua y donde encontró numerosos colaboradores que le facilitaron su labor. Ninguna ciudad mejor que aquella para preparar lo que tenía entre manos.

A fuerza de recalcarlo, todos los conspiradores tenían muy claro que se trataba de un levantamiento exclusivamente militar, pero tanto Mola como Sanjurjo se daban perfecta cuenta de que era necesario un apoyo civil. Sin su colaboración, el movimiento militar difícilmente tendría una base firme y terminaría fracasando. Mola no se hacía ilusiones en cuanto al seguimiento que tendrían. Si la derecha civil los apoyaba era seguro que Navarra, Álava y Castilla la Vieja se unirían inmediatamente a ellos, pero daba por seguro que, habida cuenta del peso específico de la izquierda en los grandes núcleos industriales, ni Madrid, ni Barcelona ni Valencia, ni Asturias se sumarían a ella. Tampoco la Andalucía rural, dominada por el anarquismo. En caso de producirse una situación de guerra civil virtual, su mente analítica no concebía otra salida más que la aplicación de una represión feroz en aquellas zonas y regiones que no se unieran al levantamiento militar. La represión que se llevó a cabo en la zona nacional durante la guerra no fue tan solo fruto de la saña —que también— sino de un plan minuciosamente diseñado y razonado. Una vez pronunciados, los militares rebeldes ya no tendrían marcha atrás. Ganar al precio más alto. Exterminar al enemigo. Mola lo dejó bien claro cuando dijo que “todo el que no esté con nosotros estará contra nosotros”.

Precisamente para eso era necesario el apoyo de elementos civiles que diesen cobertura a la represión. Mola había pensado que este papel lo debían de jugar los partidos de derechas, pero siendo siempre el ejército quien los instrumentalizase y no al revés. La conspiración recibió sumas de dinero de acaudalados derechistas e incluso partidos como la CEDA o Renovación Española aportaron su colaboración monetaria. Desde su núcleo pamplonés, Mola dirigía los hilos de una conjura que crecía mes a mes a pesar de que todo el mundo, desde la derecha a la izquierda, sabía que se estaba preparando. El gobierno tomó tímidas medidas y los principales sospechosos de estar implicados fueron sometidos a vigilancia policial. Mola fue sometido a una inspección que capeó con éxito gracias a un chivatazo.

Del mundo civil, Mola no solamente buscaba apoyo económico. El general puso especial mimo en captar a dos partidos que se enorgullecían de contar con grupos paramilitares organizados: el carlismo y los falangistas. Ambos partidos, tan diferentes uno de otro, en un principio mostraron serias reservas al proyecto de los militares, ya que exigían unas contrapartidas político-ideológicas que Mola no estaba dispuesto a conceder. La Falange del encarcelado Primo de Rivera temía que un excesivo protagonismo militar pusiera en peligro determinadas reformas de la izquierda, como la agraria; pero, sobre todo, una revolución nacionalista que creían fundamental y que tan solo ellos pretendían saber aplicar. Primo de Rivera se mostraba dispuesto a secundar la sublevación a cambio de un puesto determinante de su Falange en el engranaje del futuro estado español. Igualmente, los

carlistas discutieron en numerosas ocasiones con el director exigiendo prerrogativas inaceptables a cambio de poner el “requeté” a su disposición. Ya habían planeado una insurrección por su cuenta, una nueva “carlistada” que Mola, superando el desprecio que sentía por aquel monarquismo desfasado, les hizo ver que estaba destinada a un nuevo fracaso. Convenció a los carlistas de que su sublevación solamente tendría éxito dentro de los márgenes del golpe militar que estaba preparando, sin embargo reclamaciones como la instauración de la dinastía carlista en el trono español le parecieron absurdas e inaceptables. Los carlistas le pedían cosas que no estaba dispuesto a conceder, pero era necesario tenerlos a su favor, ya que eso significaba la suma de un importante contingente paramilitar y el apoyo de Navarra y gran parte del País Vasco. Tan duras llegaron a ser las exigencias del carlismo y tal la obcecación de Mola en no transigir que, días antes de la fecha fijada para el levantamiento, se rompieron las conversaciones. Lo que parecía un tremendo traspies devino en solución ya que, enfadado con la cúpula carlista, Mola inició una serie de reuniones con la junta carlista regional de Navarra y estos le dijeron que sí. El carlismo de base cerró filas en torno al proyecto de Mola originando en el seno del partido una fisura entre las bases y la ejecutiva que obligó a esta a recular y unirse a la conspiración militar sin pedir nada a cambio, con el argumento de que ya solventarían sus diferencias con Mola después del pronunciamiento. Igualmente, las bases “japistas” de Falange se unieron al plan con fervor, sin contrapartidas de ningún tipo.

Además de los señalados, Mola también pulsó la opinión del Partido Nacionalista Vasco. Consideraba trascendental –y factible– que el País Vasco se levantara en armas junto a los militares. Con las ciudades industriales más importantes (Madrid, Barcelona, Valencia) irremisiblemente partidarias de la república, a Mola tan solo le quedaba el País Vasco y su tejido fabril para intentar equilibrar la balanza industrial en caso de guerra. Por ello concertó una serie de reuniones con los dirigentes del PNV. Mola confiaba en que un partido católico y conservador como el PNV, diametralmente contrario al gobierno de la república, diera el visto bueno a la cosa y aportara gustoso su base social y su pequeña milicia –los *mendigoixales*–, aunque esperaba que le presentaran contrapartidas políticas, tal y como ocurría con carlistas y falangistas. En una reunión celebrada en San Sebastián a la que acudieron representantes de Renovación Española, CEDA, Falange Española y el PNV, los nacionalistas vascos afirmaron que no les desagradaba la idea y que contaban con hombres suficientes y dispuestos como para alzarse, pero necesitaban armas. Mola prometió hacer llegar armas al PNV, lo que cumplió con un pequeño envío, pero los nacionalistas seguían dudando. Al contrario que en el caso de carlistas y falangistas, la insurrección del 18 de julio sorprendió al PNV aún indeciso, y desató un intenso debate interno al que no se pudo hallar una solución de consenso. Así pues, cada órgano provincial del PNV tomó la decisión por su cuenta, no oponiéndose al levantamiento los de Navarra y Álava y mostrándose contrarios los de Vizcaya y Guipúzcoa. Los rebeldes no olvidaron nunca la alineación de las dos provincias costeras

junto a la república, una decisión que pocos esperaban, lo que les valió el apelativo de “provincias traidoras”.

A principios de julio, aprovechando las fiestas de San Fermín, Mola organizó una última reunión en Pamplona. Se marcó el 18 de julio como fecha para el levantamiento militar. Se recalcó de nuevo que tendría un carácter exclusivamente militar y apolítico y que sería el exiliado Sanjurjo quien llevaría las riendas del nuevo gobierno militar. Mola se levantaría en Pamplona, Goded en Barcelona, Queipo de Llano en Sevilla, Franco en Marruecos... todo parecía estupendamente cardado. Lo que no sabían era que Franco estaba jugando a dos bandas. Nunca llegó a estar seguro del éxito de la conspiración y nunca llegó a comprometerse con ella más que con la boquita pequeña. Como militar experimentado advertía tan claramente como Mola que, más que un golpe de estado rápido y limpio, lo que iban a conseguir era una guerra civil. Y eso si no fracasaban estrepitosamente. Corrían demasiados riesgos. Mola conocía las indecisiones de Franco e intentó por todos los medios que despejara sus dudas. Para los conjurados era muy importante que Franco se uniera a ellos, ya que seguía siendo un mito para las tropas de África. Los regimientos, tabores y legiones de África, las tropas más curtidas y valiosas del ejército español, seguirían a Franco sin pestañear, y esa era una baza muy importante que no se podía perder. Franco debía de sublevarse, y además debía de hacerlo en África. Sí o sí. No cabía más. Sin embargo, los dos dirigentes de la conspiración no confiaban en él. Sanjurjo llegó a decir de Franco que era “un cuco”. Conocían de su habilidad para moverse en la sombra y conspirar en

silencio, sabían que era traicionero, por eso preferían tenerlo lejos. Pero al mismo tiempo, su aura de héroe militar hacía imprescindible su participación.

Las dudas de Franco le llevaron a traicionar sibilinamente a los conjurados. El 23 de junio escribió una carta a Casares Quiroga anunciándole en un tono críptico y deliberadamente ambiguo que se estaba tramando una conspiración, y más o menos venía a decir que a cambio de alguna solución satisfactoria para él podría avenirse a salvar a la república. Pero a Casares Quiroga la noticia no le era desconocida y prefirió ningunear al general olvidándose de aquella propuesta. El gobierno estaba puntualmente informado de lo que los militares tramaban. Al despacho de Casares llegaba numerosa documentación remitida desde instancias políticas, militares y policiales que alertaban de la proximidad de una insurrección contra el gobierno. Quizá acostumbrado a las numerosas intrigas militares incumplidas o fracasadas, no parece que el primer ministro le diera a todo ello más importancia de la que creía que debía de tener.

Las dudas de Franco desesperaban a Mola. Para el director supusieron un quebradero de cabeza extra, y al final para que en una fecha tan tardía como el 12 de julio, el gallego le hiciera llegar un mensaje anunciándole que se retiraba de la conspiración. Mola se puso furioso, pero ya no podían echarse atrás, de manera que informó a los conjurados que no contaban con Franco y que sería el propio Sanjurjo quien se levantaría en Marruecos. Dos días más tarde Franco volvió a unirse a la sublevación. Un hecho empujó a Franco a tomar aquella decisión: el atentado contra José Calvo Sotelo.

EL VUELO DEL CUCO

La madrugada del 13 de julio de 1936 un furgón policial aparcó frente a la vivienda madrileña de José Calvo Sotelo, el político más vehemente de los parlamentarios de la derecha. De él bajaron un capitán de la Guardia Civil, varios guardias de asalto y algunos militantes socialistas. Subieron las escaleras del edificio, tocaron la puerta y tras identificarse como miembros de los cuerpos de seguridad del estado, exigieron entrar en la casa. Una vez dentro, y tras arrancar el cable del teléfono, solicitaron a Calvo Sotelo que les acompañara a la Dirección General de Seguridad. Ninguna explicación al respecto. Calvo Sotelo se negó en un primer momento, además era inmune por su condición de diputado, pero los uniformados le conminaron excitados a vestirse para que les acompañara. Sus placas y carnés eran auténticos, la furgoneta también. Realmente quienes habían entrado en su casa eran un capitán de la Guardia Civil y guardias de asalto, no unos hombres disfrazados. Aún así, desconfiaba. Algo raro estaba ocurriendo, pero decidió que no le quedaba más opción que obedecer, de forma que despidió a su familia y salió de casa. Una vez que arrancó el furgón, a cien metros de su domicilio, le descerrajaron dos tiros en la nuca matándolo al momento. Al día siguiente su cuerpo fue encontrado en el depósito de cadáveres del cementerio del Este.

El asesinato de Calvo Sotelo produjo un escándalo nacional y la verificación de que lo habían llevado a cabo miembros de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto reafirmó a la derecha en la seguri-



La madrugada del 13 de julio de 1936 un furgón policial aparcó frente a la casa de José Calvo Sotelo. Se lo llevaron detenido, y cien metros más adelante lo asesinaron con dos tiros en la nuca. Al día siguiente, su cadáver fue encontrado en el depósito de cadáveres del cementerio del Este.

dad de que cumplían órdenes directas del gobierno. Por supuesto, esto no era más que un bulo; el gobierno no participó en semejante acción. Pero el hecho de que fueran las propias fuerzas de seguridad las que entraron premeditadamente en casa de un diputado y lo obligaran a salir para pegarle dos tiros en pleno centro de Madrid, denota una grave incompetencia gubernamental. El asesinato fue una venganza por el atentado contra un teniente de la Guardia de Asalto, conocido izquierdista que entrenaba a las milicias del PSOE, a quien acribillaron a tiros también en el centro de Madrid el día 12 de julio.

A pesar de la rapidez del gobierno por depurar las responsabilidades y juzgar a los culpables, el atentado contra Calvo Sotelo supuso que las derechas de todo el país dieran definitivamente la espalda al gobierno republicano, echando la culpa al mismo de lo que consideraban terrorismo de estado. No era la

primera vez que miembros de la policía atacaban a elementos de la derecha, lo que crispó definitivamente los ánimos y lanzó a los todavía dudosos, entre ellos el decisivo general Franco, en brazos de la conjura militar. Poco después de enterarse de la noticia, un Franco indignado y rojo de ira, amigo personal de José Calvo Sotelo, escribía a Mola uniéndose a la conjura y organizándolo todo para ponerse al frente de los tabores marroquíes contra una legalidad criminal que permitía semejantes desmanes. Un razonamiento francamente sorprendente habida cuenta de los métodos que después utilizó en sus casi cuarenta años de dictadura personal.

Se ha aducido muchas veces que la razón para iniciar la rebelión fue la muerte del político derechista, pero eso no es así. El levantamiento ya estaba previsto para el 18 de julio, aunque qué duda cabe que supuso el espaldarazo definitivo que llevó a las indignadas derechas a recibir el alzamiento con los brazos abiertos, sin fisuras, cosa que quizá no habría ocurrido de no mediar el atentado.

Mientras todo esto ocurría en España, desde un pequeño aeródromo del sur de Inglaterra despegó un avión bimotor modelo Dragon Rapide con destino al aeropuerto de Gando, en Gran Canaria. Disfrazado de flete vacacional, transportaba a una familia inglesa que supuestamente hacía un viaje de placer. Una vez en la isla, sus ocupantes transmitieron un misterioso mensaje: “Galicia saluda a Francia”. Era la señal convenida para hacer saber a Franco que su transporte había llegado. Para no despertar sospechas, el bimotor esperaba en Gran Canaria y no en Tenerife, donde estaba Franco. El militar había soli-



El entierro de José Calvo Sotelo congregó a miles de derechistas, profundamente disgustados por el rumbo que estaban siguiendo los acontecimientos. La muerte del líder de Renovación Española certificó la ruptura de España en dos bloques ideológicos irreconciliables.

citado el traslado a la isla contigua poniendo como excusa una inspección militar, pero desde Madrid se la habían denegado. Ante tal panorama, Franco decidió que debía de trasladarse desde Tenerife hasta Gran Canaria burlando el seguimiento policial. Era 15 de julio. Con semejante prohibición y a pocos días del levantamiento militar, Franco tenía que apañárselas para presentarse cuanto antes en Tetuán, capital del Marruecos español. El 16 de julio el general Amado Balmes, destinado en Gran Canaria, murió accidentalmente mientras manejaba unas pistolas en un campo de tiro. Franco, como Comandante General de Canarias, debía de acudir a su funeral el día 17 de julio en Gran Canaria, y así se lo hizo saber al gobierno, quien no tuvo más remedio que acceder. El 17 por la mañana acudió al oficio religioso, ya en la misma isla donde le espera el Dragon Rapide. ¿Casualidad, accidente, sabotaje, asesinato? Nunca se ha aclarado la cuestión, pero parece demasiado casual que a un día del 18 de julio un mando militar muriese repentinamente obligando a Franco a acudir a su funeral en Gran Canaria. El hecho cierto es que Franco ya estaba donde quería.

La sublevación en el protectorado se adelantó un día al haberse corrido la voz de que en breve iba a procederse a una detención masiva de conjurados, y el mismo 17 de julio las tropas marroquíes se alzaron contra el gobierno “en nombre de Franco”. Desde Las Palmas, el general improvisó una proclamando las órdenes necesarias para tomar la isla y hacerse con el control de todos los centros neurálgicos (cabildo, correos, comunicaciones...). Logró así un protagonismo inesperado al ser el primero que se



La aventura del Dragon Rapide. Los más importantes promotores civiles de la sublevación fueron Juan March, banquero, y los Luca de Tena, muy influyentes en la derecha española. Juntos idearon un plan para sacar a Franco de Canarias y ponerlo al frente del ejército de África.

levantó contra la república, arrogándose el papel protagonista de una conjura en la que no había participado activamente y que estuvo a punto de abandonar. Una vez dominada la isla y protegido por un pasaporte diplomático falso, ropa civil, gafas y el bigote afeitado, montó en el Dragón Rapide, con destino Tetuán pasando por Agadir y Casablanca para repostar combustible. Disfrazado de aquella manera, Franco logró pasar desapercibido en el protectorado francés. Hágase notar que en esos momentos era un rebelde que se había levantado contra un estado internacionalmente reconocido y que por tanto no podía arriesgarse a que le reconocieran. En medio de esta vorágine, entre el 18 y el 19 de julio y al mando del general Mola, algunas de las guarniciones peninsulares secundaron el levantamiento militar. El fracaso parcial del golpe partió en dos a España poniéndola en una situación de guerra civil.

El ejecutivo vaciló ante semejante panorama. Sabía desde muchos meses antes lo que se tramaba contra la república y a pesar de ello no fue capaz de impedir la asonada. Casares Quiroga, que nunca terminó de creerse los informes que desde las propias instancias del ejército llegaban a la mesa de su despacho, pensó que lo que tramaban aquellos pocos militares desafectos no era más que otra sanjurjada, otra idea espuria de un grupo de insatisfechos que, como otras muchas veces, no se llegaría a realizar o que fracasaría rotundamente. Quizá pecó de suficiencia, o quizá es que realmente, aparte de controlar a los militares sospechosos, no sabía qué era lo que había que hacer. El hecho es que el gobierno estaba al corriente de la conjura, y prueba de ello es que pocos días antes de la sublevación hubo una reunión de ministros dedicada exclusivamente a discutir este asunto, en la que se decidió continuar con los seguimientos policiales y confiar en que la mayor parte del ejército no secundase la sublevación. Sea como fuere, el 18 de julio de 1936 el gobierno de la república se vio desbordado. Ante la magnitud de los acontecimientos, Azaña propuso la formación de un gobierno de concentración entre todos los partidos izquierdistas que fue rechazado por los sectores más radicalizados, reacios a colaborar con la burguesía republicana y partidarios en cambio de la distribución de las armas entre el pueblo, una solicitud a la que un horrorizado Casares Quiroga se negó con las pocas fuerzas que le quedaban. El gobierno se estaba quedando solo. De repente, ni la derecha –levantada en conjunto junto a los rebeldes y enfadada del todo con la república– ni la izquierda proletaria –que nunca había sido republi-

EL VUELO DEL *DRAGÓN RAPIDE*

17 de julio - 0,10: Salida desde Santa Cruz de Tenerife
8,00: Llegada a Las Palmas
18 de julio - 14,33: Salida del *Dragon Rapide*
17,30: Escala en Agadir
20,00: Casablanca - Noche del 18 al 19
19 de julio . Tetuán: Franco al frente de las
tropas africanas



Breve historia de la Guerra Civil Española



Ilustración de Juan Ignacio Cuesta

cana mas que como paso intermedio en el camino a la revolución— daban un duro por la república reformista. Nadie luchaba ya por el sistema republicano. Las izquierdas, sus supuestos defensores, vieron la oportunidad de hacer lo que durante tantos años habían deseado: vengarse de los derechistas, destruirlos, armarse y hacer la revolución. Y lo hicieron. Otro tanto cabe para las derechas, profundamente heridas y radicalizadas. Así fue como los españoles tiraron la democracia por el retrete.

La noche del 18 al 19 de julio, Casares Quiroga dimitió entregando el poder a Diego Martínez Barrio, quien intentó sin éxito llegar a un acuerdo con los sublevados. Su gobierno solo duró unas pocas horas. Los rebeldes ya habían dado el paso y ya no había marcha atrás. Lo sabían desde el momento en que acordaron la sublevación: solo cabía vencer. Era la guerra. La guerra a muerte.